

se ponía entre un resplandor rosáceo, el rey se sentó sobre una silla, se apoyó en el respaldo de otra que tenía un secretario, y contestó que aceptaba la espada mientras llegaba el oficial que pudiera tratar de la capitulación.

VII

Desde todas las posiciones perdidas, alrededor de Sedan, de Floing, de la meseta de Illy, del bosque del Garenne, del valle del Givonne, del camino de Bazeilles, una oleada espantosa de hombres, de caballos y cañones reflúa, rodaba hacia la ciudad. Esta plaza fuerte sobre la que habían tenido la desastrosa idea de apoyarse, era una tentación funesta, el amparo que ofrecía á los que huían, el punto de salvación á donde se dejaban arrastrar los más valientes, con la desmoralización y el pánico que se había apoderado de todos. Detrás de las murallas, allá, creían poder escapar á las granadas de aquella potente artillería, que atronaba el espacio desde hacía doce horas; y no quedaba ya conciencia de lo que pasaba, no se razonaba, la bestia arrastraba al hombre, era la locura del instinto galopando, buscando un agujero para enterrarse y dormir.

Al pie de la pared, cuando Mauricio, que lavaba con agua fresca la cara de Juan, vió que este abría los ojos, lanzó un grito de la alegría.

—¡Ah! pobre infeliz, creí que te habíamos perdido!... ¡Y no es para echártelo en cara, pero vaya un peso que tienes!

Atontado aún, Juan parecía despertar de un sueño. Después debió recordar, porque dos lágrimas rodaron por sus mejillas. ¡Aquel Mauricio, fan débil, á quien quería y á quien cuidaba como á un niño, había encontrado, en la exaltación de su amistad, fuerzas suficientes para llevarle hasta allí!

—Aguarda un poco, quiero ver tu cabeza.

La herida no tenía importancia, era una rozadura del cuero cabelludo, que había sangrado mucho. El pelo pegado con la sangre había cerrado la herida. No quiso mojarle para evitar que se abriera.

—Ya estás limpio, ahora vuelves á tener figura humana... Aguarda, voy á ponerte algo en la cabeza.

Recogió el kepis de un soldado muerto y se lo puso con cuidado sobre la cabeza.

—Es tu medida... Ahora si puedes andar, todo irá bien.

Juan se puso de pie, sacudió la cabeza para asegurarse de que estaba fuerte. Sólo sentía un poco de pesadez, la cosa tenía traza de estar arreglada. Y entonces se dejó llevar por un sentimiento tal de gratitud, que cogió á Mauricio entre sus brazos, lo apretó contra su corazón sin poder encontrar más que estas palabras.

—¡Ah, pobrecito mío, querido amigo!

Pero llegaban los prusianos y era cosa de no perder tiempo. El teniente Rochas se batía en retirada con algunos soldados protegiendo la bandera, que el alférez llevaba arrollada bajo el brazo. Lapouille, muy alto, podía alzarse y tirar algunos tiros por encima de la pared; mientras que Pache se había echado el fusil al hombro, pensando sin duda que ya había hecho bastante y que ahora había llegado la ocasión de comer y dormir. Juan y Mauricio, agachándose, trataron de unirse á ellos. No faltaban fusiles ni cartuchos, no había más que bajarse para cogerlos. Volvieron á armarse, pues lo habían abandonado todo, cuando Mauricio tuvo que cargar con Juan. La pared se extendía hasta el bosque del Garenne, y la compañía creyéndose salvada, se echó detrás de un caserío y de allí corrieron al bosque.

—¡Ah! dijo Rochas, que conservaba aún toda su

inagotable confianza, vamos á respirar un poco antes de tomar la ofensiva.

Al dar los primeros pasos en el bosque todos comprendieron que entraban en un infierno; pero no podían retroceder, era preciso atravesarlo, puesto que era la única línea de retirada. A aquella hora era un bosque horroroso, el bosque de la desesperación y de la muerte. Comprendiendo que las tropas se retiraban por allí, los prusianos lo acribillaban con balas y le cubrían de granadas. Y se veía flagelado como por una tempestad, agitado por un ruido continuo de ramas destrozadas. Las granadas cortaban los árboles, las balas hacían caer las hojas, voces lastimeras parecían salir de los troncos cortados y se oían lamentos por todas partes. Hubiérase dicho que aquello era la angustia de una muchedumbre encadenada, el terror y los gritos de millares de seres clavados en el suelo, que no podían huir bajo aquella metralla. Nunca la angustia ha soplado con más violencia que en un bosque bombardeado.

En seguida Juan y Mauricio, que se habían unido á sus compañeros, se asustaron. Marchaban entonces bajo el arbolado y podían correr. Pero silbaban las balas, se cruzaban, sin que fuese posible comprender la dirección que llevaban para guarecerse de ellas. Murieron dos hombres, heridos uno en la espalda y otro en el pecho. Delante de Mauricio, una encima secular, destrozado el tronco por una granada, cayó con la majestad trágica de un héroe, aplastándolo todo á su alrededor. Y en el momento en que el joven se echaba hácia atrás, un haya colossal, á su izquierda, que una granada acababa de destrozarse, se hundía, como el armazón de una catedral. ¿A donde huir? ¿Hácia qué lado dirigir los pasos? Por todas partes caían ramas, como si aquello fuese un inmenso edificio que amenazase ruina y cuyas salas se sucediesen bajo techos hundiéndose.

Después, cuando llegaron á un soto para librarse de morir aplastados, Juan estuvo á punto de ser cortado por un proyectil, el cual afortunadamente no hizo explosión. Ahora solo avanzaban con muchas dificultades entre un enjambre inextricable de arbolitos. Las ramas delgadas se les enganchaban en las hombreras, las hierbas altas se anudaban al pié, murallas de maleza los inmovilizaban, mientras que la hojarasca volaba á su alrededor, bajo la hoz gigantesca que segaba el bosque. Al lado de ellos, otro soldado quedó muerto de un balazo en la frente, y se mantuvo de pié sostenido entre dos árboles. Multitud de veces, prisioneros de aquellos arbolitos, vieron pasar la muerte á su lado.

—¡Demonio, dijo Mauricio, no saldremos nunca de aquí!

Estaba lívido, un escalofrío se apoderó de su cuerpo; y Juan tan valiente, que le había dado ánimos por la mañana, palidecía también, presa de un frío intenso. Era el miedo, el miedo horrible, contagioso, irresistible. De nuevo la sed les hacía sufrir mucho: una insoportable sequedad de la boca, una contracción de la garganta, con una violencia dolorosa de estrangulamiento. Acompañaba á todo esto un mal-estar general, náuseas en el fondo del estómago, mientras que puntas de agujas los arañaban las piernas. Y, con aquellos sufrimientos físicos del miedo, con la cabeza oprimida, veían volar millares de puntos negros, como si hubiesen podido distinguir al paso nube voladora de las balas.

—¡Vaya una suerte perral dijo Juan, da no sé que hacerse romper la crisma por otros, cuando esos otros se encuentran en cualquier parte, fumando tranquilamente.

Mauricio, extraviado, lívido añadió:

—Sí, ¿por qué he de ser yo, antes que otro?

Era la sublevación del yo, la rabia egoísta del in-

dividuo, que no quiere sacrificarse por la especie y acabar.

—¡Y aún, dijo Juan, si supiéramos el motivo, si supiéramos que esto sirve para algo!

Después alzando los ojos y mirando al cielo añadió:

—¡Y ese canalla de sol que no quiere largarse; cuando desaparezca y sea de noche no nos batiremos tal vez!

Desde hacia algún tiempo, no pudiendo saber la hora que era, no teniendo conciencia del tiempo, aguardaba la puesta del sol, que le parecía paralizado y que debía haberse detenido allá por encima de los bosques de la margen izquierda. Y no era aquello cobardía, era una necesidad imperiosa, creyente, de no oír más las granadas ni las balas; de irse á cualquier parte, de hundirse en tierra para anonadarse; sin el respeto humano, el pundonor de cumplir con su deber delante de los compañeros, perderían la cabeza muchos y echarían á correr.

Mauricio y Juan acabaron por acostumbrarse, y en el exceso de su alocamiento, una especie de inconsciencia se apoderaba de ellos; era el valor que volvía. No se daban prisa por salir de aquel bosque maldito. Había aumentado el horror, entre aquel pueblo de árboles, bombardeados, muertos en sus puestos, cayendo por todas partes como soldados inmóviles y gigantes. Bajo la floresta, en aquella deliciosa penumbra verdosa, en el fondo de aquellos misteriosos asilos tapizados de musgo, soplaban brutalmente la muerte. Las fuentes solitarias habían sido violadas, los moribundos agonizaban en los lugares donde hasta entonces solo se habían extrañado parejas de enamorados; un soldado, con el pecho atravesado por una bala, había tenido tiempo de gritar: «Han hecho blanco», cayendo de cara contra la tierra. Otro á quien acababa de romper las dos piernas una granada, continuaba riéndose

no teniendo conciencia de su herida, creyendo haber tropezado con una raíz. Otros, con los miembros agujereados, heridos mortalmente, hablaban, corrían aún, durante algunos metros antes de caer en una brusca convulsión. En los primeros momentos, las heridas más profundas apenas se sentían y más tarde solamente los horribles sufrimientos empezaban, desahogándose en gritos y lágrimas.

¡Ah! el bosque infame, la selva asesina, que en medio de los lamentos de los árboles agonizantes se llenaba poco á poco con las voces angustiosas de los heridos abandonados! Al pie de un árbol, Mauricio y Juan vieron á un zuavo que lanzaba aullidos seguidos, como los de un animal á quien degüellan, con las entrañas abiertas. Más allá, otro estaba ardiendo; su cinturón azul se quemaba, y las llamas ganaban y chamuscaban las barbas, mientras que con las caderas rotas, sin poder moverse sin duda, lloraba á lágrima viva. Después era un capitán con el brazo izquierdo arrancado, el costado derecho herido hasta el muslo, tumbado sobre el vientre, que se arrastraba con auxilio del codo, pidiendo que lo acabaran con voz penetrante de súplica, que daba horror. Otros, otros aún, sufrían atrocemente, sembraban los senderos en número tal, que había que tener mucho cuidado para no aplastarlos al paso. Pero los heridos y los muertos ya no se contaban. El compañero que caía, allí se quedaba abandonado, olvidado. Ni una mirada siquiera. Era el destino. ¡A otro! ¡A sí mismo, tal vez!

De pronto, al alcanzar el lindero del bosque, se oyó una voz:

—¡A mí!

Era el alférez, el que llevaba la bandera, que había recibido un balazo en el pulmón izquierdo. Había caído escupiendo sangre. Y viendo que nadie se paraba tuvo fuerza para gritar:

—¡A la bandera!

De un salto, Rochas llegó hasta él, cogió la bandera cuya asta se había roto, mientras que el abanderado murmuraba unas palabras empastadas con espumarajos rojos:

— ¡Yo estoy perdido, no me importa!... ¡salvad la bandera!

Y se quedó solo, retorciéndose en el musgo, en aquel sitio delicioso, arrancando la yerba con sus crispadas manos, el pecho inflado por un estertor que duró muchas horas.

Por fin, se hallaban fuera de aquel bosque espantoso. Con Mauricio y Juan no quedaban de aquel grupo más que el teniente Rochas, Pache y Lapouille. Gaude, el corneta á quien habían perdido, salió á su vez de entre los árboles y echó á correr para unirse á sus compañeros llevando la corneta colgada á la espalda. Y era un verdadero desahogo el volverse á encontrar así, á campo raso, respirando á gusto. El silbido de las balas había cesado y ya no caían granadas por aquel lado del valle.

En seguida oyeron delante de la puerta de una casería juramentos; vieron á un general que se incomodaba, montado sobre un caballo sudoroso. Era el general Bourgain-Desfeuilles, el jefe de su brigada, cubierto de polvo, destrozado por el cansancio. Su cara coloradota expresaba la desesperación que le causaba el desastre que miraba como si fuera una desgracia propia. Desde por la mañana no le habían visto los soldados; sin duda se había extraviado en el campo de batalla corriendo detrás de los restos de su brigada, muy capaz de hacerse matar con la rabia que tenía contra aquellas baterías prusianas que barrían el imperio y su fortuna, como oficial que era muy querido en las Tullerías.

— Pero ¡demonio! ¿no hay nadie en esta casa? decía, ¿no hay quién dé un informe en este país?

Los habitantes de la casería debían haberse marchado á ocultarse en los bosques. Por fin se presentó

una mujer muy vieja, alguna criada abandonada, que no podía moverse apenas.

— ¡Eh! abuela, por aquí!.. ¿Dónde está Bélgica?

Le miraba, atontada, como si no le entendiera. Entonces se encolerizó, olvidó que hablaba con una aldeana; gruñía que no tenía ganas de dejarse coger en la ratonera, como un tonto, volviendo á entrar en Sedan, que quería escaparse al extranjero. Algunos soldados se habían acercado y escuchaban.

— Pero, mi general, dijo un sargento, no se puede pasar ya, por todas partes hay prusianos... Eso podía hacerse esta mañana.

Circulaban historias; decíase que algunas compañías, separadas de sus regimientos habían pasado sin querer la frontera, otras, más tarde, habían logrado atravesar las líneas enemigas antes de que se verificara la union de los ejércitos alemanes.

El general, incomodado, gesticulaba.

— Vaya, vaya, con buenos muchachos como vosotros se pasa por todas partes... No me faltarán cincuenta hombres que quieran hacerse romper la crisma.

Después, volviéndose hácia la vieja aldeana:

— ¡Pero mujer del demonio, abuela, conteste usted.... Bélgica ¿dónde está?

Esta vez comprendió. Tendió su descarnada mano hácia los grandes bosques:

— ¡Allí, allí!

— ¡Eh! ¿qué dice usted? ¿Son aquellas casas?

— No, no, más lejos, mucho más lejos... ¡Allá, muy allá!

Esta vez el general dió rienda suelta á su rabia. Se desahogó.

— ¡Vaya un país puerco! Nunca se sabe como está hecho.... Bélgica estaba allí; temían que saltáramos dentro sin saberlo y ahora que queremos penetrar en su territorio, resulta que ya no está aquí... ¡No, no! ¡está demasiado lejos! ¡que me cojan! ¡que hagan

conmigo lo que les de la gana! ¡Voy á acostarme!
Y espoicando su caballo echó al galope en dirección á Sedan.

El camino daba vueltas y bajaban al fondo del Givonne, un barrio encajonado entre montes, por donde se deslizaba el camino hácia los bosques bordeado de casitas y jardines. Era tal la oleada de gentes que huían obstruyéndole en aquel momento, que el teniente Rochas se encontró como bloqueado, con Pache, Lapouille y Gaude, contra una taberna, en el ángulo de la carretera. Juan y Mauricio se vieron y desearon para poder alcanzarles. Todos quedaron sorprendidos al oír la voz ronca de un borracho que los llamaba.

—¡Vaya un encuentro! ¡Eh, compañeros!

Reconocieron á Chouteau en la taberna, apoyado en una de las ventanas del piso bajo. Muy borracho, continuó hablando:

—¡Oid! no os molestéis si tenéis sed... Aun queda para los compañeros...

Con la mano llamaba á alguien que debía estar en el fondo de la taberna.

—¡Ven acá, holgazán! Da de beber á estos caballeros...

Loubet se presentó á su vez teniendo en cada mano una botella llena que movía muy alegre. Estaba menos borracho que Chouteau; gritó con su voz gnasona de pilluelo parisiense:

—¡Fresca, fresca! ¿quién quiere beber?

No los habían vuelto á ver desde que se habían ido con el pretexto de llevar al sargento Sapin á la ambulancia. Sin duda habían ido de la ceca á la meca evitando los sitios donde caían granadas. Y habían ido á parar á aquella taberna saqueada.

El teniente Rochas se indignó.

—¡Aguardad, bandidos, os voy á enseñar á beber mientras que los demás nos morimos de penal!

Pero Chouteau no quiso tragarse la reprimenda.

—¡Oye, tú, viejo chiflado! ¡aquí no hay ya más teniente, aquí no hay más que hombres libres!... ¿No te han arrimado bastantes palos los prusianos? ¿quieres que te arrimemos unos cuantos más?

Hubo que sujetar á Rochas que quería romperle la cabeza. Loubet, con las botellas en las manos, quería poner paz.

—¡Dejadlo! ¡no hay que maltratarse, todos somos hermanos!

Al ver á Lapouille y á Pache, los dos compañeros de la escuadra, los interpeló:

—¡No seáis tontos, entrad vosotros; os remojaremos la garganta!

Lapouille dudó un momento, comprendiendo á pesar de lo embotados que se hallaban sus sentidos, que era muy malo emborracharse cuando tantos pobres lloraban. Pero estaba tan cansado, tan agobiado por el hambre y la sed, que de pronto se decidió: entró de un salto en la taberna empujando delante de él á Pache, que permanecía en silencio. Y no volvieron á aparecer.

—¡Hatajo de bandidos! —decía Rochas.— ¡Debian fusilarlos á todos!

Ahora sólo quedaban con él, Juan, Mauricio y Gaude y los cuatro se veían arrastrados, á pesar de su resistencia, en el torrente de los que huían. Se encontraban ya lejos de la taberna. Era la derrota que rodaba hacia los fosos de Sedan en una oleada turbia, parecida á los montones de tierra y de piedras, que una tempestad, asolando las alturas, arrastra hasta el fondo de los valles. De todas las mesetas que rodeaban la ciudad, por todas las pendientes, por todos los repliegues del terreno, por el camino de Floing, por Pierremont, por el cementerio, por el Campo de Marte, lo mismo que por el fondo del Givonne, el mismo tropel rodaba en un galope de pánico que aumentaba sin cesar. ¡Y qué se podía reprochar á aquellos hombres que llevaban doce

horas, recibiendo cañonazos á pie quieto, inmóviles, de un enemigo invisible contra el cual nada podían hacer! Ahora las baterías los cogían de frente, de costado y de espaldas, los fuegos convergían cada vez más, á medida que el ejército se batía en retirada sobre Sedan; era el aplastamiento en masa, el aniquilamiento en el fondo de aquel agujero infame barrido por los cañones alemanes. Algunos regimientos del 7.º cuerpo, especialmente del lado de Floing, se replegaban con bastante buen orden. Pero en el fondo de Givonne no había filas ni jefes; las tropas se empujaban, se atropellaban, restos de todos los regimientos, zuavos, cazadores, la mayor parte sin armas, los uniformes rotos, las caras negras, las manos negras, con ojos que parecían querer salirse de las órbitas, las bocas inflamadas, las gargantas roncadas de haber gritado tanto y tan desesperadamente. A veces un caballo sin jinete pasaba á galope, derribando hombres y sembrando el espanto. Después pasaban cañones, baterías desbandadas, arrastradas por un pánico tal, que aplastaban todo lo que encontraban al paso. Y aquella manada seguía andando, corriendo despavorida, un desfile compacto tocándose los codos, una huida en masa, cuyos huecos se cubrían en seguida en el deseo instintivo de llegar allí, de verse fuera de peligro al amparo de una muralla.

Juan levantó de nuevo la cabeza y miró al sol. A través de la espesa polvareda que arrancaban los pies, los rayos del astro quemaban aún las caras sudorosas. La tarde era muy hermosa, el cielo era de un color azul admirable.

—¡Y ese canalla de sol que no quiere largarse!— repetía Juan.

De pronto, Mauricio reconoció en una mujer arriada contra la pared, expuesta á ser arrollada por la oleada de gente, á su hermana Enriqueta. La veía desde hacía un minuto y se quedó parado de

lante de ella con la boca abierta. Y fué ella quien habló la primera.

—Le han fusilado en Bazeilles... Sí; yo estaba allí. Y como quiero que me devuelvan el cuerpo he tenido una idea...

No nombraba á los prusianos ni á Weiss. Todo el mundo debía comprender. Mauricio, en efecto, comprendió. La adoraba y se echó á llorar.

—¡Pobre hermanita!

A las dos, cuando pudo darse cuenta de lo que había pasado, Enriqueta se encontró en Balan, en la cocina de una casa desconocida con la cabeza apoyada sobre una mesa, llorando. Pero cesaron sus lágrimas. En aquella mujer silenciosa, tan débil, se despertaba la heroína. No temía nada, tenía un alma fuerte, invencible. En medio de su dolor no soñaba más que en recuperar el cuerpo de su marido para enterrarle. Su primer pensamiento había sido volver á Bazeilles. Todo el mundo trató de disuadirla, demostrándole lo imposible que era. Así es que acabó por buscar á alguien que se encargara de dar los pasos necesarios. Eligió á un primo suyo que había sido sub director de la Refinería general, en el Chene, en la época en que Weiss había estado empleado allí. Había querido mucho á su marido y no se negaría á auxiliarla. Se había retirado dos años antes á una posesión, el Ermitage, cuyas terrazas se encontraban al otro lado de Sedan, en el fondo del Givonne, é iba allí ahora, á pesar de los obstáculos y del peligro de ser pateada y arrastrada.

Mauricio, á quien explicó su pensamiento, lo aprobó.

—El primo Dubreuil ha sido siempre muy bueno para nosotros... Te será muy útil...

Después se le ocurrió una idea. El teniente Rochas quería salvar la bandera. Se había propuesto ya cortarla para que cada cual se llevara un trozo

debajo de la camisa, ó bien enterrarla al pie de un árbol, para poder sacarla más tarde. Pero aquella bandera despedazada, aquella bandera enterrada como un muerto, no les agradaba; hubieran querido encontrar otro recurso.

Así es que, cuando Mauricio propuso entregar la bandera á una persona de confianza que la escondiera y la defendería en caso necesario, hasta el día en que la devolviese intacta, todos aceptaron.

—Pues bien,—dijo Mauricio dirigiéndose á su hermana,—vamos á ir contigo para ver si Dubreuil está en el Ermitage, pues no quiero abandonarte.

No era muy fácil escaparse de entre aquel tropel de gentes. Por fin lo lograron y tomaron por un sendero que subía á la izquierda. Entonces penetraron en un laberinto de veredas y senderos que llevaban á las huertas y á las casitas de campo de que se hallaban cuajados los alrededores. Esos senderos pasaban entre tapias, formando callejuelas solitarias que torcían en ángulos bruscos y acababan en callejones sin salida: un magnífico campamento atrincherado para la guerra de emboscadas, esquinazos que podían defender diez hombres contra un regimiento durante muchas horas. Se oían ya algunos tiros, porque las huertas y las casitas de campo formaban un barrio que dominaba á Sedan y la guardia prusiana asomaba por el otro lado del valle.

Cuando Mauricio y Enriqueta, seguidos de los otros, torcieron á la izquierda y después á la derecha, entre dos paredones interminables, desembocaron de repente delante de la puerta del Ermitage. La posesión, con su pequeño parque, tenía tres terrazas y sobre una de ellas se alzaba una gran casa cuadrada, hasta la que se llegaba por un paseo adornado con olmos gigantescos. En frente, separadas por el estrecho valle, muy encajonado, se encontraban otras propiedades, en el lindero de un bosque.

Al llegar al Ermitage vieron que la puerta estaba abierta.

—Ya no están,—dijo Enriqueta.—Se habrán marchado.

En efecto, Dubreuil se había decidido la víspera á llevar á su mujer é hijos á Bouillon, previendo el desastre. Pero la casa no estaba vacía, se notaba de lejos alguna agitación, á través de los árboles. Al entrar Enriqueta en el jardín, retrocedió delante del cadáver de un soldado prusiano.

—¡Demonio!—dijo Rochas,—por aquí se han batido.

Todos quisieron enterarse, saber lo que habían pasado. Llegaron hasta la casa: las puertas y ventanas del piso bajo habían sido echadas abajo á culatazos, y habían quedado abiertas viéndose las habitaciones saqueadas, mientras que los muebles se encontraban tirados y esparcidos sobre la terraza y la escalinata. Había allí una sillería de seda azul celeste, el sofá, las butacas y las doce sillas. Los zuavos, los cazadores, los soldados de infantería y otros de infantería de marina, corrían por las habitaciones y por los jardines, disparando tiros contra el bosque de enfrente.

—Mi teniente,—explicó un zuavo,—son los prusianos que hemos encontrado aquí saqueándolo todo. Les hemos ajustado las cuentas. Pero ahora vuelven y son diez contra uno.

Otros tres cadáveres de prusianos estaban en la terraza. Enriqueta estaba mirándolos, con el pensamiento fijo en su marido, el cual también dormía allá, desfigurado entre sangre y polvo, cuando una bala fué á incrustarse en un árbol, detrás de ella. Juan se acercó en seguida.

—¡No se quede usted aquí! ¡Escóndase usted dentro de la casa!

Desde que la había vuelto á ver, tan cambiada, tan triste, la miraba con el corazón oprimido, lleno

de piedad, recordándola tal como se había presentado la víspera con su sonrisa plácida. Primero no había sabido que decirla, no sabiendo si le reconocía. Hubiera querido sacrificarse por ella, devolverle su alegría y la tranquilidad.

—Agurádenos usted en la casa; en cuanto haya peligro, ya encontraremos un medio para hacerla salir.

—¿Para qué?—dijo ella con indiferencia.

Su hermano la empujaba también y tuvo que subir la escalinata, quedarse un momento en el vestíbulo, desde donde veía el paseo central del parque. Asistió desde allí al combate.

Detrás de uno de los primeros olmos estaban Juan y Mauricio. Los troncos centenarios, de una amplitud gigantesca, podían ocultar muy bien dos hombres. Más allá, el corneta Gaude se había unido al teniente Rochas, que se empeñaba en guardar la bandera, puesto que no podía confiarla á nadie y la había colocado al lado suyo, contra un árbol, mientras disparaba el fusil. En cada tronco había un hombre. Los zuavos, los cazadores, los soldados de infantería de marina, de un extremo á otro del paseo, se ocultaban y no sacaban la cabeza más que para disparar.

En frente, en el pequeño bosque, el número de prusianos debía ir aumentando, porque el tiroteo era cada vez más nutrido. No se veía á nadie, apenas el perfil rápido de un hombre que saltaba de un árbol á otro. Una casita de campo, con las ventanas verdes, estaba ocupada por tiradores, cuyos tiros salían de las ventanas del piso bajo. Eran las cuatro. El cañoneo iba cesando poco á poco y en aquel agujero continuaba el combate; allí no se podía ver la bandera blanca, izada sobre el Donjon. Hasta que anocheció, á pesar del armisticio, hubo así tiroteo en algunos sitios, en el fondo del Givonne y en los jardines del Petit-Pont.

Durante mucho tiempo aún, continuaron acribiéndose, de un extremo á otro del valle. De vez en cuando, así que un hombre quedaba al descubierto, caía á tierra herido. En el paseo había tres muertos más. Un herido, tumbado boca abajo, agonizaba atrozmente, sin que nadie pensara en ayudarle á dar la vuelta para que sufriera menos.

De pronto, al levantar la vista, Juan vió á Enriqueta, que había vuelto y que colocaba bajo la cabeza del desgraciado una almohada, después de haberle hecho acostar de espaldas. Corrió, la atrajo con violencia detrás del árbol donde se ocultaba con Mauricio.

—¿Quiere usted hacerse matar?

Parecía no darse cuenta de lo que había hecho.

—Pero no... Es que tengo miedo, sola en aquel vestíbulo. Prefiero estar fuera.

Y se quedó con ellos. La hicieron sentar á sus pies contra el tronco, mientras que ellos continuaban disparando los últimos cartuchos, á derecha é izquierda, con tal rabia, que habían desaparecido el hambre y el cansancio. No se daban cuenta de lo que hacían, obraban maquinalmente, la cabeza vacía, habiendo perdido hasta el instinto de conservación.

—Mira, Mauricio,—dijo Enriqueta,—¿ese soldado que está delante de nosotros muerto, no pertenece á la guardia prusiana?

Desde hacía un momento examinaba uno de los cuerpos que el enemigo había dejado allí, un muchachón fuerte, con grandes bigotes, echado sobre el costado. El casco de punta había rodado á algunos pasos, roto el barbuquejo. Y el cadáver vestía el uniforme de la guardia: el pantalón gris oscuro, la levita azul con galones blancos, la manta enrollada á través del cuerpo.

—Te aseguro que es de la guardia... Tengo un

grabado en casa, y además la fotografía que nos ha enviado el primo Gunther.

Se calló y se fué tranquilamente hasta el muerto, antes que pudieran impedirlo, se había inclinado para leer el número del regimiento.

—¡El cuarto! —dijo, —estaba seguro de ello.

Desde aquel momento Juan ni Mauricio pudieron conseguir que se estuviera quieta. Se movía, asomaba la cabeza, quería ver el bosque, con una preocupación constante. Ellos seguían tirando, la empujaban con la rodilla, cuando se descubría demasiado. Sin duda los prusianos empezaban á creerse bastante fuertes, dispuestos á dar el ataque, porque se dejaban ver y asomaban muchos por entre los árboles y sufrían pérdidas enormes: todas las balas francesas hacían blanco.

—¡Mire usted! —dijo Juan, —tal vez sea ese su primo... Ese oficial que acaba de salir de la casita con ventanas verdes, enfrente.

Un capitán estaba allí, en efecto, se le conocía en el cuello dorado de la túnica y en el águila de oro que el sol oblicuo hacía brillar sobre su casco. Sin hombreras, el sable en la mano, daba las órdenes con voz seca; y la distancia era tan pequeña unos doscientos metros, que se le distinguía perfectamente, la cintura delgada, la cara sonrosada y dura, con unos bigotitos rubios.

Enriqueta le distinguía muy bien.

—Es él, —contestó. —Le conozco muy bien.

De un gesto, Mauricio le apuntó:

—El primo... pues va á pagar lo que han hecho á Weiss.

Pero, estremecida, se había levantado, ladeó el fusil, cuyo tiro fué á perderse en el aire.

—¡No, no, entre parientes no, es horrendo!

Y, volviendo á ser mujer, se dejó caer detrás del árbol, llorando. El horror la desbordaba, no era más que espanto y dolor.

Rochas triunfaba. Alrededor de él el tiroteo de los pocos soldados á quienes animaba con su voz atroz, había adquirido tal intensidad, á la vista de los prusianos, que éstos retrocedían al bosquecillo.

—¡Duro, muchachos, no los dejes! ¡Ah! ¡los cobardes! huyen ahora. Vamos á ajustarles las cuentas.

Y estaba alegre, había vuelto á tener confianza. No había habido derrota. Aquel puñado de hombres enfrente de él, eran los ejércitos alemanes, que iba á derrotar, á rechazar muy á gusto. Su alto cuerpo flaco, su larga cara huesosa con su nariz retorcida cayendo encima de la enorme boca, denotaba una satisfacción tan grande, que parecía el soldado dispuesto á conquistar al mundo en compañía de su dama y una botella de vino.

—¡Vaya muchachos! Aquí no estamos más que para arrimarles una paliza... Y no puede ser otra cosa! ¡Cualquier día nos derrotan á nosotros! ¡Derrotados! ¿Puede ser eso? ¡Un esfuerzo más, muchachos, y van á echar á correr como unas liebres!

Caillaba, gesticulaba, tan embriagado con la ilusión de su ignorancia, que los soldados se divertían. De pronto gritó:

—¡A patadas, á patadas hasta la frontera! ¡Victoria, victoria!

Pero en aquel momento, como el enemigo del otro lado del valle parecía replegarse, estalló una descarga por la izquierda. Era el eterno movimiento envolvente; todo un destacamento de la guardia había dado la vuelta por el fondo del Givonne. Entonces la defensa del Ermitage se hizo casi imposible; la docena de soldados que defendían aún las terrazas se encontraba entre dos fuegos, amenazados de verse cortados sobre Sedan: hubo un momento de confusión. Ya los prusianos saltaban el muro del parque, corrían por los paseos en número tal, que el combate empezó á la bayoneta. Con la cabeza descubierta, la chaqueta caída, un zuavo, un hom-

bre magnífico con barba negra, hacia tal labor abriendo los pechos, que crujían los vientres blancos, secando la bayoneta roja de la sangre de uno en el costado del otro, que era digno de admiración; y como la bayoneta se había roto, continuó destrozando cráneos con la culata; y como de un tropezón quedara desarmado, se tiró al cuello de un prusiano; dió tal salto, que los dos rodaron por tierra hasta la puerta de la cocina, abrazados. Entre los árboles del parque, en cada rincón, otras matanzas amontonaban los muertos. Pero la lucha adquirió más furia en la escalinata, alrededor de la sillera azul celeste: los hombres se abrasaban tirándose á boca jarro; se destrozaban con las uñas y con los dientes por no tener cuchillos para abrirse el pecho.

Y Gaude entonces, con su cara dolorida de hombre que ha tenido pesares de los que no hablaba, fué presa de una locura heroica. En aquel desastre final, aún sabiendo que la compañía estaba aniquilada, que ningún hombre podía acudir al toque de llamada, embocó la corneta, tocó llamada y ataque con tal vigor de tempestad, que parecía querer levantar á los muertos. Y los prusianos llegaban y no se movía, tocando siempre con más bríos. Una descarga le hizo caer en tierra y su último aliento voló por los aires en una nota metálica que llenó el cielo de un escalofrío.

De pié, sin poder comprender lo que pasaba, Rochas no se había movido para huir. Aguardaba; después dijo:

—¿Pero qué pasa?

No le cabía en la cabeza que fuese aún el desastre. Lo cambiaban todo, hasta el modo de batirse. ¿Aquellas gentes no podían haber aguardado al otro lado del valle á que hubieran ido á vencerlos? Cuantos más mataban más llegaban. ¿Qué clase de guerra era aquella en que se reunían diez hombres para aplastar á uno? ¿Qué guerra era esa en la que el

enemigo no se dejaba ver hasta la noche, después de haber derrotado al ejército con un prudente cañoneo? Atontado, perdido, no habiendo comprendido hasta entonces nada de aquella guerra, se sentía envuelto, arrastrado por algo superior á lo que no resistía ya, aunque repetía maquinalmente:

—¡Valor, muchachos, la victoria está allí!

En un movimiento rápido había cogido la bandera. Era su pensamiento último; esconderla para que los prusianos no se apoderasen de ella. Pero aunque el asta estaba rota, se enredó en sus piernas; estuvo á punto de caer. Silbaban las balas, sintió la muerte, arrancó la seda de la bandera, la desgarró tratando de destruirla. Y en aquel momento cayó herido en el cuello, en el pecho, en las piernas, envuelto entre aquellos trozos de seda como si hubiese estado vestido con ellos. Vivió un minuto todavía, con los ojos muy abiertos, viendo acaso en el horizonte la imagen verdadera de la guerra, la atroz lucha vital que no hay que aceptar más que con el corazón resignado, como una ley. Después tuvo un hipo y lanzó su último suspiro, atontado como un niño, como un pobre ser de inteligencia limitada, aplastado bajo la necesidad de la impasible y enorme naturaleza. Con él acababa una leyenda.

En seguida de llegar los prusianos, Juan y Mauricio se habían batido en retirada, de árbol en árbol, protegiendo cuanto podían á Enriqueta, detrás de ellos. No cesaban de tirar, disparaban y buscaban donde ocultarse. En lo alto del parque, Mauricio conocía una puertecita que tuvieron la suerte de encontrar abierta. Se escaparon los tres. Cayeron en una especie de callejón entre dos paredes muy altas. Pero al llegar cerca de la salida, unos tiros los hicieron ladearse y tomar por la izquierda, entrando en un callejón sin salida. Tuieron que retroceder y tomar por la derecha bajo una granizada de balas. El fuego continuaba en cada esquinazo de

aquel laberinto de callejuelas. Había batallas á cada puerta: los menores obstáculos se defendían y se tomaban á la bayoneta con un encarnizamiento terrible. Luego desembocaron en el camino del fondo del Givonne, cerca de Sedan.

Por última vez, Juan levanto la vista: miró hácia el Oeste por donde subía un gran fulgor rosáceo; suspiró con tranquilidad.

—¡Ah ese canalla de sol ahora desaparece!

Los tres corrían, corrían sin tomar aliento. Alredor suyo, la cola de los que huían seguía llenando el camino, aumentando sin cesar como un torrente desbordado. Cuando llegaron á la puerta de Balan, tuvieron que aguardar entre apretones y empujones. Las cadenas del puente levadizo se habían roto y no quedaba más sitio que el pasadizo para peatones, de modo que los cañones y caballos no pudieron entrar. En la puerta del Castillo y en la de la Cassine, el tumulto y la confusión eran aún mayores. Era una precipitación loca, un pánico horrible, un atropello inaudito, todos los restos del ejército rodando por las pendientes, viniendo en tropel á Sedan, á caer allí con un ruido de esclusa rota como en el fondo de una alcantarilla. La atracción funesta de aquellas murallas acabó por pervertir á los más valientes.

Mauricio había cogido á Enriqueta en brazos, y estresmeándose de impaciencia, la dijo:

—No irán á cerrar la puerta antes de que todo el mundo haya entrado.

Tal era el temor del gentío. A derecha é izquierda los soldados acampaban en los declives de los fosos, mientras que habían ido á parar á los mismos fosos infinidad de cañones, cajones y carros.

Las cornetas se dejaron oír con el toque de retirada. Llamaban á los soldados desperdigados. Algunos llegaban á la carreta, se oían aquí y allá algunos tiros, cada vez más raros; sobre el parapeto de

las murallas quedaron algunos destacamentos para defender la ciudad y por fin se cerró la puerta. Los prusianos estaban á unos cien metros. Los veían ir y venir tranquilamente sobre el camino de Balan, ocupando las casas y los jardines.

Mauricio y Juan, llevando por delante á Enriqueta para protegerla, habían entrado en Sedan. Daban las seis de la tarde. Desde las cinco habla cesado el cañoneo. Poco á poco los disparos aislados fueron cesando también. Entonces, del estrépito ensordecedor del tronar que repercutía desde por la mañana, no quedó más que un silencio de muerte. Anocheceía y las lúgubres sombras caían en un espantoso silencio.

VIII

A las cinco y media próximamente, antes del cierre de puertas, Delaherche había vuelto á la subprefectura, deseando averiguar qué consecuencias iban á desprenderse de aquella batalla que sabía estaba perdida. Estuvo allí cerca de tres horas, paseando por el patio, vigilando, interrogando á los oficiales que pasaban; y así fué sabiendo rápidamente los sucesos. La dimisión enviada y después retirada por el general Wimpffen, los plenos poderes que había recibido del emperador, para ir á obtener del gran cuartel general prusiano, en favor del ejército vencido, las condiciones menos onerosas y por último la reunión de un consejo de guerra para saber si se podía continuar la lucha, defendiendo la fortaleza. Mientras se celebraba el consejo en el que tomaron parte unos veinte oficiales superiores y que le pareció duraba un siglo, el fabricante de paños subió unas veinte veces la escalara. Y bruscamente, á las ocho y cuarto vió bajar al general Wimpffen, muy encarnado, los ojos hinchados, seguido de un coronel y de dos generales. Montaron á caballo y se